

LA VOZ DEL MAESTRO

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

Rafael Cortés Ch.

Señor Rector de la Universidad de Costa Rica
Señor Decano de la Facultad de Educación
Señores Profesores de la Facultad de Educación
Jóvenes Estudiantes de Magisterio

Queridos amigos todos:

En dos oportunidades anteriores me han honrado ustedes en forma extraordinaria, y su generosidad me colma ahora otorgándome el nombramiento de Profesor Honorario de esta Facultad.

En dos palabras podría expresar mis sentimientos en esta ocasión diciendo "¡Muchas gracias!". Pero esas palabras, prendidas en los labios, contienen una ternura de savia que está en las raíces de la vida.

Hace muchos años, el destino me hizo testigo de un homenaje que un grupo de maestros dedicaba a un compañero jubilado. Era él todavía un hombre robusto que cojeaba, con una cojera que era galardón recibido en premio de su valor, desplegado en la defensa de su patria y en el afán de afirmar sobre la tierra la dignidad del hombre. Cuando las palabras de afecto se hicieron rumor en los oídos de aquel héroe y sus amigos ponían en sus manos un pergamino de honor atado con la bandera de su patria, el maestro, vigoroso y valiente, lloraba como un niño y nada pudo decir; solo escuché el golpe de su bastón cuando caminó a su asiento. ¿Por qué lloraba un hombre que había tenido coraje y serenidad frente a la muerte mientras saltaba las trincheras?

Tengo en el corazón aquel recuerdo, y sin ser otra cosa más que un simple mortal, tengo el corazón como el de aquel maestro en aquella hora. Es una blandura infinita y sencilla que inunda en los ojos las simples palabras "¡Muchas gracias!". Es que nada hay que conmueva más que la simpatía que nos arropa el alma como un rocío tierno y luminoso, cuando la vida pone puntos suspensivos en la tarea y desde la cima de

los años miramos el campo interminable en donde están clavados los arados, esperando siempre el esfuerzo solidario.

El honesto examen de conciencia a que estoy obligado, me dice claramente que nada hay de meritorio en mi vida de maestro de escuela que justifique la reiterada bondad con que ustedes me han distinguido. Lo único que en parte puede aliviarme de la congoja de saberme inmerecidamente honrado, es la lealtad con que he vivido unido a esta Escuela de Educación. Y sería el colmo de la ingratitud si eso no fuera así, porque esta casa de maestros ha sido una generosa madre nutricia que alimentó mi vida intelectual y espiritual y encauzó mis devociones desde que, con mi mocedad incierta, ingresé a ella en 1916. Desde entonces, de ella no me he separado. En ella y con ella recorrí sus auroras de esplendor y sus angustias y hasta, ¿por qué no decirlo? las horas de una "república" en el exilio, cuando un gobierno despótico afrontó la dignidad de la nación hasta lograr que los maestros de escuela levantaran antorchas para quemar infamias. (Es historia de Costa Rica que hay que repasar para que jamás vuelva a suceder).

Decía pues que esta Escuela es mi generosa Madre Nutricia. Bajo su amparo he vivido y no conozco más mundo que el que aquí se ha gestado, desde que comenzó en 1915 como una estrella radiante, con el nombre de Escuela Normal de Costa Rica. Ustedes ya conocen la historia de esta evolución y está contada de nuevo en el último informe que presenté a la Decana de entonces, señora Dengo de Vargas.

Por lo que voy diciendo, fuera de este, no conozco otro mundo; fuera de aquí puede ser que me encuentre perdido. ¿Pero estará con tapaderas para no ver los horizontes de otros mundos del intelecto y del espíritu y de la profesión misma a la que hemos servido? Yo creo que no. Una escuela para formar maestros debe ser como una antena abierta a todos los rumbos del pensamiento. Toda Escuela debe serlo. Pero una escuela que

forma maestros no puede fallar, porque los maestros tienen que ser, en todo instante, la aurora de los tiempos; la aurora y no el ocaso; la vida que emerge nueva y rebosante y no el fósil que acusa el paso de los tiempos. Y esto no lo aprendí en los libros. Pueda que esté en algunos libros pero yo lo aprendí viviendo en esta Escuela. Primero con mis maestros y después con mis compañeros. Desde que llegué a ella los maestros me acogieron con simpatía, me estimularon mientras regaban a mi alrededor la tremenda semilla de los ideales y el entrañable amor a la dignidad del hombre ¡Los ideales! ¡Cómo se burlan de los ideales algunos que se creen muy prácticos porque amasan fortunas en empresas fenicias! ¡O porque están pervertidos persiguiendo salarios que luego se esfuman en los "night clubs"! Aquellos ideales estaban a flor de tierra y eran capaces de convertirse en papas, en tomates, o de plantar hileras de árboles a lo largo de las carreteras o en las cumbres peladas del Río de la Hoja. (Hoy el único bosque en Costa Rica plantado por mano de maestros y de niños). Aquellos ideales a flor de tierra hacían en la juventud el milagro de la primavera: todo florecía en derredor. Eso debe ser una escuela de maestros: un florecimiento continuo. Y para que haya florecimiento debe haber siembra y la siembra debe ser renovada, fresca, nueva y bien abonada. La siembra es la idea. Por eso la escuela debe ser una antena que capte ideas. Y como el mundo de hoy se ha vuelto tan pequeño y las ideas viajan tan rápidamente, es menester que la escuela revise sus ideas con cada amanecida, constantemente, y no arraigarse en la siembra de hoy como si fuera la única perspectiva o la mejor perspectiva. En cualquier parte y desde cualquier sitio, siempre está el horizonte abierto; es decir, la esperanza.

Parece que estoy hablando de otras cosas o tirando de los cabellos para lograr algunas ideas. Les ruego tener presente que he dicho que esta Escuela, y lo que ella fue antes de ser ahora, constituyen mi madre nutricia. Mi hogar, ¡dulce hogar de mi corazón y de mi espíritu! El hogar de mi yo íntegro. ¡Y de él me ausento! Justo es que evoque y justifique por qué lo amo tanto y por qué siento tan hondamente el homenaje de que soy objeto. Es toda una vida de abrevarse en una fuente y ahora están vivas todas las aguas que he saboreado. Y como el sabor de hoy es como vino guardado en los viejos toneles, no puedo dejar de embriagarme en los recuerdos... ¿Acaso no son recuerdos lo que nos traen Platón y Sócrates y

Virgilio y Horacio? En las honduras del recuerdo con pedestal de roca resplandeciente está el mañana que tremola sus banderas de esperanza. Por eso divago aquí, y también para esconder la debilidad del llanto...

Lo primero es no olvidar que esta escuela de maestros -hoy llamada Escuela de Educación de la Universidad de Costa Rica- tiene una tradición de oro y con ella una huella indeclinable que seguir. Nació como las princesas bien amadas, protegida por la brillante luz de una estrella. Fulguraban en ella los sueños del Dr. Castro Madriz y de don Mauro Fernández y los anhelos de una pequeña república de hombres libres y cultos. Para que el nacimiento fuera venturoso, las hadas madrinas llevaron los pensamientos de todos los libertadores de conciencias y de pueblos que caminaron por el mundo. Allí, vivamente inquietos, con su mirar de amanecer, estaban ya de pie, con su batuta en alto, Juan Jacobo Rousseau, Goethe, Froebel y Pestalozzi; Walt Whitman con Longfellow y Edgar Allan Poe, Emerson, Kilpatric y John Dewey; Eugenio María de Hostos y don José de la Luz y Caballero; Washington y Jefferson con el gigante Abraham; Bolívar y Martí con la pléyade de libertadores que hablan nuestra lengua; y Sarmiento y Juan Montalvo con José Enrique Rodó, en su batalla con la palabra que redime y destruye los ídolos que azotan con espadas las espaldas de los pueblos. Tampoco faltó en aquella cita el mensaje profundo de Carlyle y de John Ruskin, ni la mística hondura de Renán. Por supuesto era indispensable la presencia de Fray Luis y de Gracián, y la voz siempre nueva y necesaria del enjuto Caballero de la Mancha, y la mano levantada de aquel pescador, que hablando en parábolas, explicaba a las muchedumbres el misterio del Reino de los Cielos. Vestido de mujic, León Tolstói hablaba de su escuela de Yasnaia Poliana y Afanasiev, Gorki y Dostoyewski presentaban la fría tristeza de la estepa rusa. Tampoco faltó en aquel acontecimiento la musa azul de Darío que abría nuevas brechas para la juventud hispana, ni los acordes extraordinarios de Beethoven que, con la solemnidad de Wagner y de Mozart, alternaba con la dulzura romántica de Schubert y de Chopin, mientras por doquier sentíamos el aliento áureo de la Grecia eterna, y a veces, la sabiduría guardada en los Códices de Egipto dejaba en la mente la idea de la eternidad del hombre. Precisamente, de esa sabiduría aprendimos, -en los labios del maestro García Monge- que el "secreto de la

felicidad del hombre es comprender a nuestros semejantes; es decir, prender con nosotros y en nosotros a los demás, para entenderlos, para conocerlos y amarlos, tal como son".

He dicho muchos nombres pero no es por petulancia. Los recuerdo porque todos estaban allí, junto a aquella estrella que empezaba a irradiar fulgores nuevos por los rincones de la patria. Todos estaban y allí siguieron, junto con muchos otros que llegaron después para dejar su huella. Algunos estuvieron de cuerpo presente: Berta Singerman era como una paloma blanca que árrullaba en el estrado su cantar, y a veces su voz era como cascada de torrente en selva musical. Gabriela Mistral, como una gran madre que surgía del seno del Continente, regaba su mensaje transparente y tierno. Agustín y Luis Nieto Caballero inyectaban fervor y esperanza en la naciente empresa, porque ellos creían que en las escuelas públicas está la luz que hará resplandecer las tierras de nuestra América. José Vasconcelos, pulcro, sereno, renovaba la fe de los Nieto Caballero y decía: "Con maestros de Escuela se forman los orientadores que vienen soñando justicia y libertad"... "Con maestros de Escuelas volvimos a sostener el principio del culto de la patria"... "Vuestra casa es conocida en el Continente por sus frutos. Todos sabemos que de aquí proceden García Monge, Omar Dengo y Brenes Mesén"... "La escuela es el laboratorio racial del continente". ...Y un mensajero de Oriente, vestido de alba túnica y sandalias de peregrino, juntaba las manos en saludo de bendición y decía: "Toda acción amorosa es Sabiduría Divina en acción, y quien quiera que obre amorosamente alcanzará inevitablemente la Sabiduría.". Era él C. Jinara-jadasa, que con su alburá dejó prendido en el alma el misterio trágico y místico de la India misteriosa con Tagore y Gandhi, el bello poema de Sakuntala y el Ramayana de oculta sabiduría.

Les ruego perdonarme por traer aquí tanta cita, pero es que no puedo dejar de justificar con ello el poder de los maestros en una siembra incesante a lo largo de los años y la significación de una escuela de pórticos abiertos a todos los rumbos del espacio y de la vida. A todos los rumbos y a todas las cosas, para que el hombre que en ella se formaba, percibiera las vibraciones del universo y con ello, cada quien sintiera en su persona la fuerza que le haría partícipe de la obra de Dios en el mundo, así fuera ésta la humilde **tarea de enseñar** el alfabeto a los niños de una **lejana escuela**. Era necesario que los estudiantes

tuvieran luz a su alrededor; luz brillante, esplendorosa. Con la de los filósofos y los santos, la de los educadores; con la de los músicos y poetas, la de los sabios que investigan los misterios de la naturaleza; con la de los forjadores de pueblos y vencedores en la batalla por la libertad y dignidad del hombre, la de los que en el banco o en el torno transforman la madera o en las eras convierten en verdor las minúsculas simientes, para demostrarnos que nada hay tan maravilloso como las manos del hombre cuando dejan su huella bienhechora en las cosas que han de tener larga vida.

Todo eso era y ha sido esta escuela. Luz que rompe las sombras y las convierte en claridades inefables; acción constante tras el elevado pensamiento, y devoción sin límites para confiar en los poderes del maestro en su tarea de iluminar conciencias; en su tarea de lograr que el hombre, plantado firmemente sobre la tierra, levante la mirada para encontrar cada mañana la promesa de una aurora sobre el mundo. Senderos para la inteligencia debe ser una escuela que forma maestros; senderos que donde transite el espíritu de las juventudes que a ella llegan. ¡Senderos, infinitos senderos, tal como están trazados sobre el mar! He aquí la tarea de siempre, queridos amigos. La que hemos soñado siempre, en la que hemos participado cooperativamente. La sencilla tarea que reclama nuestra patria y que requiere el esfuerzo de la renovación constante.

Discúlpeme otra vez. Lo que he dicho es parte de lo que yo -un hurraño mozalibete- cosechó en esta casa, con ustedes, junto a ustedes.

Queridos amigos todos: Que el destino les devuelva con creces lo que me han dado: riqueza en el espíritu, blandura serena en el corazón para amar sin sombras, y alegría fuerte para conservar mi fe y mi esperanza en el porvenir de esta Escuela, de la Universidad de Costa Rica y de mi patria construida como un brillante por la tesonera piqueta de sus maestros.

Y, una palabra más para despedirme: por todas partes escuchamos ahora que la crisis del mundo actual, nunca antes igualada, plantea un reto a la Educación. De un modo o de otro es la crisis del hombre en una encrucijada. Si queremos vencer, sólo hay un camino: pensar que por nosotros hablará el espíritu; y en trabajar para el espíritu, agotar toda la fecundidad de nuestra mente y de nuestro corazón. La Educación no puede ser otra cosa.